

Deja q los Perros
Ladren

VODANOVIC, SERGIO. *Deja que los perros ladren-- Nos tomamos la universidad*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1970. Rústica. 133 págs.

Las dos piezas teatrales que componen este libro son obra de un joven dramaturgo chileno que ha disfrutado de un sostenido éxito en su país y en el extranjero desde 1947.

Vodanovic plantea conflictos humanos que surgen del ambiente desquiciado que, en ocasiones, socava y daña las relaciones de los altos funcionarios políticos con sus subalternos. Es-pigando situaciones cotidianas que tocan muy de cerca al espectador medio, el creador hace brotar en ellas la cizaña que altera con dramaticidad el curso seguido por la vida de los personajes. Los cambios operados en la acción se realizan por esta vía y por medio de un diálogo llano y directo, si bien rápido e idiomático. El efecto inmediato no es otro que captar, retener y acrecentar el interés del auditorio. Sobra decir que Vodanovic esquivo con pericia todo posible sentimentalismo, pule las aristas para no pecar de excesivo melodramatismo y mantiene la claridad meridiana de la trama. Así logra que la caracterización, tanto de los personajes como del medio ambiente, resulte en todo momento comprensible, novedosa y, sobre todo, atrayente.

Nos tomamos la universidad pone en escena el asunto expresado en el título mismo de la obra. Amén de la candente actualidad del tema y del episodio central, Vodanovic capta con notable acierto el espíritu estudiantil que anima a un grupo de universitarios comprometidos a llevar a cabo una ilusa empresa revolucionaria. Los propósitos que sirven de acicate a esta soñadora juventud, empapada de quijotesco y endeble idealismo, se ven a la postre desbaratados por la acción demoledora y avasallante de un negro oportunismo que devora a los dirigentes y desalienta a la mayoría de los imberbes redentores.

La representación, "sin escenografía corpórea y con el mínimo de utilería," da pie a una serie de cuadros velozmente sucesivos, sin intermedios ni divisiones en actos, en los que campean la jerga estudiantil chilena, salpicada de oportunas palabrotas, y variadas situaciones en que no se escatiman las de subido color.

En ambas piezas se respiran aires viciados que asfixian por la corrupción humana que los satura. Esta fuerza incontenible malogra el desarrollo de las incipientes normas morales, dignas de admiración y respeto, que abriga los personajes en los momentos iniciales de la representación. La presencia de un ambiente aplastante y demoledor engendra seres que se hunden en el

lodo pero, al mismo tiempo, vitaliza a otros que se verguen para luchar denodadamente por los principios que sustentan, no obstante las cicatrices con que ya los ha dejado marcados la sociedad en que se debaten.

HOMERO CASTILLO

Univ. of California, Davis